

[10]

El lamento sustituye el afán de pensar el futuro

Yasmine Dau. Tengo la trilogía de la población de las islas: raíz, árabe y costeña. Mis papás llegaron a la isla un poco antes que Rojas Pinilla decretara el puerto libre y me trajeron en un velero. Mi mamá es de Barranquilla y mi papá un momposino que llegó como funcionario público, ejerció como registrador en San Andrés y luego como juez en Providencia. Yo tenía cuatro años y fuimos la primera familia continental completa, de padres e hijos, en llegar a la isla. Hice mis estudios de primaria en Providencia en el Convento y parte de la secundaria en San Andrés, en la Sagrada Familia, siempre con monjas capuchinas. Terminé bachillerato en Barranquilla, donde viví como diez años. Luego estudié psicopedagogía en la Corporación Universitaria de la Costa. Un año después de mi grado pasé por San Andrés y nunca regresé porque me reencontré con mi mundo en la isla. Entré a trabajar en el Bolivariano como orientadora escolar y daba algunas clases. Supe que en el Centro Experimental Piloto había una vacante y me fui allá por dos años. Luego, trabajé 15 años al frente de la parte cultural del Banco de la República en San Andrés y hace dos años me trasladaron a Cali. Para mí fue importante ayudar a construir un centro de documentación regional en la isla.

La asimilación a la cultura local

Mis papás llegaron a la isla un poco antes que Rojas Pinilla decretara el puerto libre y, como todavía no había aeropuerto, me trajeron en un velero. Mi mamá es de Barranquilla y mi papá un momposino que llegó como funcionario público, ejerció como registrador en San Andrés y luego como juez en Providencia. El trabajaba

como registrador en el sur de Bolívar y le tocó salir porque era liberal y el pueblo entero era godo, lo sacó la violencia. Entonces lo trasladaron aquí porque, administrativamente, las islas formaban parte del departamento de Bolívar. Estando en San Andrés lo nombraron juez en Providencia yo tenía cuatro años y fuimos la primera familia continental completa, es decir, de padres e hijos, en llegar a la isla.

Mi papá era muy católico pero no hubo en mi casa rechazo a otras religiones. Nos criamos al lado de una iglesia bautista y para los hijos ese concepto de católicos ya no fue tan fuerte. A veces las monjas se molestaban un poco al oírnos hablar de la iglesia bautista, cantar sus himnos, pero para nosotros eso era lo normal. Por eso, cuando mi mamá dice que soy atea a lo que se refiere es a una actitud abierta, que no concebía conceptos dogmáticos.

Los puritanos, que solo estuvieron 14 años en las islas, no dejaron herencia cultural. Lo que si influyó en la formación cultural fue la iglesia bautista desde mediados del siglo XIX y ella sí tenía una mayor influencia puritana del sur de Estados Unidos, donde se formó el primer pastor. En estas islas, un domingo no se encontraba una tienda abierta. En Providencia se compraba hasta el sábado. Lo que no se tenía ese día ya no se conseguía al día siguiente. Las mujeres se levantaban el sábado a cocinar porque el domingo estaba dedicado al culto, a visitar parientes y enfermos. Había un concepto muy conservador, se respetaba el silencio de los demás, no se hacía bulla.

La iglesia bautista no tenía un manejo político sino un predominio cultural, un control de la forma de vida y constituía el único aglutinante que tenían las islas, especialmente en San Andrés ya que Providencia tenía una significativa población católica. Los conflictos de familia o por posesión de tierras se llevaban al pastor. Algo de eso pasaba con la iglesia católica cuando era dirigida por un padre isleño, que es muy distinto del sacerdote continental.

El mundo de las islas en esa época era muy primitivo. No había ningún recurso de modernidad. Viví en el centro en un sector llamado Happy Days, traducido quiere decir días felices, como realmente fue mi infancia. Como a mi casa no llegaba la "tele" ni había cine, sentarse en torno a la radio era un acontecimiento, y mi mamá se preocupaba mucho por enseñarnos el mundo. Con revistas *Life* nos mostraba hasta un desierto en el África. Muchos años después Álvaro Howard trajo a la isla una máquina de cine y en Santa Isabel, cabecera municipal y lugar donde vivíamos, improvisó una sala de cine con unas bancas escalonadas en madera y las películas eran de dinosaurios o de vaqueros. La diversión de nosotros era reproducir en juegos los temas de las películas. Los recursos de mi papá eran los de un empleado público. No fuimos ricos pero tampoco nos faltó lo indispensable. Sin ser una situación de miseria, las limitaciones de la isla eran muchas. Pasaban hasta dos meses sin que llegara una goleta y durante semanas no se comía verduras.

Por el hecho que no haber muchos continentales, recuerdo dos policías y dos o tres señores más que tuvieron que haber llegado como empleados del gobierno pero luego se casaron con isleñas y se quedaron. Todos nos asimilamos a la cultura nativa. La menos raizal soy yo porque mis hermanos menores son personas que tienen la misma cosmovisión, la identidad e idiosincrasia isleña. Además, yo fui, de todos mis hermanos, la que más tiempo estudió por fuera y la única que está viviendo en el continente.

Como los de aquí y como los de allá

Yo aprendí a pensar como la gente de aquí y como la gente de allá. El idioma de aquí expresa un afecto muy particular, un contenido emocional muy

grande en su fonética, en la manera como se pronuncia. Dentro de la comunidad isleña, hablar el creole da identidad. La gente que no me conoce, cuando le hablo en creole, cambia 360 grados. Yo tengo una casa en San Luis y cuando estaba muy prendido el problema continental y raizal salí en mi carro y me paró un señor y me dijo que si no me había enterado que tenía que salir de ahí. Yo le hablé en inglés y terminó pidiéndome excusas.

Hice mis estudios de primaria en Providencia en el Convento y parte de la secundaria en San Andrés, en la Sagrada Familia siempre con monjas capuchinas. Las monjas no entendían nada de inglés y prohibían hablar el creole, no tenían conciencia de que atropellaban una comunidad. En más de una ocasión me dijeron que dejara de hablar eso porque era causa de indisciplina. Pero nosotros lo aprendimos con los niños que son los mejores maestros. A su vez, nosotros éramos los traductores de mis padres, que entendían pero no hablaban el idioma. Recuerdo en más de una ocasión al isleño exponiéndole sus problemas a mi papá, que era un juez conciliador. El señor le narraba y nosotros le traducíamos. ¡La justicia en manos de los niños!

No terminé bachillerato aquí porque me tocaba terminar en el Bolivariano, un colegio masculino que tenía el ciclo completo, y como mi papá era tan conservador por su influencia momposina, era preferible que siguiera en el continente. No le importaba si el colegio era público o privado, no teníamos ese concepto de clase sino que fuera femenino. Fui entonces a Barranquilla a estudiar. No se me olvida que cuando llegué me enseñaron el himno de Barranquilla y en una sesión solemne me vieron callada, y pensaron que no lo había aprendido, me obligaron a cantarlo y lo canté llorando pues sentía que eso no era lo mío.

En Barranquilla viví como diez años. Primero terminé el bachillerato y luego estudié psicopedagogía en la Corporación Universitaria de la Costa. Con otra compañera se nos ocurrió fundar en Barranquilla un colegio de preescolar y nos asociamos aportando el trabajo y los sueldos que cada una generaba, y yo entregaba el sueldo que ganaba en un colegio de niñas ricas. Así estuve un año después de mi grado hasta que pasé por

San Andrés –le dije a mi socia que iba a trabajar a San Andrés para reunir algo de plata– pero nunca regresé porque me reencontré con mi mundo en la isla.

Vinculación a actividades educativas y culturales

Cuando pasé por San Andrés estaba Zacarías Williams de intendente. Le dije que me había graduado y le dejé una hoja de vida. Al poco tiempo me llamaron para darme un puesto. Entré a trabajar en el Bolivariano como orientadora escolar y daba algunas clases. Trabajé cinco años cuando estaba comenzando la administración laica del colegio, porque hacía como uno o dos años se habían ido los Hermanos Cristianos, quienes habían sido los fundadores.

Luego, cuando estaban en el diseño de un instituto de educación media profesional, que dio origen al Infotep, necesitaban personal y me escogieron para manejar el preescolar, y ahí duré dos años. Como eso tenía un interés y un origen más político, era muy problemático. Había noventa alumnos y 35 empleados; un pool innecesario de secretarías. Cuando las instituciones nacen así, se deforman, y eso me aburrió. Supe que en el Centro Experimental Piloto había una vacante y me fui allá por dos años. En el Centro me encontraba muy bien y estaba haciendo algo que me gustaba. Estaba capacitando profesores y disfrutaba mucho, especialmente con los maestros isleños. Sentía que con ellos había la posibilidad de recuperar cosas, formar microcentros, asociar profesores para autocapacitarse, planear áreas de investigación. Por el año de 1985, estaba Alvaro Archbold como director del SENA y conocía a la pintora Beatriz González, cuyo esposo había sido el arquitecto del edificio, quien le solicitó que le recomendara a alguien para trabajar en el área cultural del Banco de la República, algo nuevo en la isla. Álvaro dio mi nombre y a los pocos días el gerente del Banco me localizó para ofrecerme el puesto, como lo que me ofrecía tenía un sueldo menor, le agradecí la deferencia y le dije que no estaba interesada. Al mes se dio el cambio de gerente y el nuevo me volvió a llamar y me ofreció mejores condiciones lo que me ayudó a decidirme.

De eso hace 17 años. Trabajé 15 años al frente de la parte cultural del Banco de la República en San Andrés y hace dos años me trasladaron a Cali. Siempre había sentido los enormes vacíos del sistema educativo, esta iba de espaldas a la realidad cultural de las islas. Y vi que desde el Banco se podía apoyar un cambio a esa situación. Cuando estudié la primaria nunca supe qué eran las islas, nunca me lo enseñaron, geográficamente no sabía ni dónde estaban ubicadas. No tenía idea de la cercanía con Nicaragua. Era tan ausente el concepto de nuestra realidad, aún en época reciente. Como anécdota cito muchos años después a una profesora enseñando a sus alumnos que San Andrés limitaba al Norte con el hospital Santander y la frontera eran las playas, por supuesto. Terminé el bachillerato y sabía más de los Andes que de San Andrés. Como terminé en Barranquilla, allá sí que menos me iban a enseñar qué era el archipiélago. Tanto aquí como allá los rasgos culturales del isleño eran incomprensidos. En el idioma por ejemplo lo que hablábamos era incómodo pues el isleño habla alto, gesticula y al ser incomprensible lo que dice, debía parecer aquello atroz y de alguna manera estábamos impregnados de ello. Debia parecer horrible para mis tíos y primos cuando llegábamos de vacaciones y mis hermanos y yo nos comunicábamos en esa jerigonza y para las monjas profesoras, algo diabólico parecido al idioma de los poseídos. Entiendo porque ante tanto desconocimiento era motivo de diferencia e indisciplina.

Para mi fue importante, a mi paso por el Banco de la República en la isla, ayudar a construir un centro de documentación regional. Le hace falta mucho, pero quedó organizada una base muy significativa. Me propuse hacer una recuperación visual, de la prensa, de cuanto documento histórico o trabajo escrito existiera sobre el archipiélago.

El Banco de la República respaldó y me dio todo el apoyo que fue necesario para buscar información sobre las islas, coincidía esto con que la recuperación documental de la región también era inquietud para la labor cultural que el Banco se proponía realizar en todo el país. Incorporé los facsímiles de cartas de los padres josefitas a los que sacaron en forma atropellada para meter a los capuchinos. Un documento del virrey Amar y Borbón, un documento de Tomás O'Neille, en

él solicita a la corona española el envío de un sacerdote católico para bautizar a la población. Si los sacerdotes ingleses y antes los gringos hubieran seguido aquí, la religión católica no se habría convertido, como se convirtió después, en arma política para cumplir con algo que venían pidiendo los informes oficiales. Hay documentos de funcionarios que venían en misión y presentan narraciones de las islas en las cuales expresaban su preocupación porque no se hablaba el español y se profesaban otras regiones no católicas. En otros informes oficiales se ve que el envío de la misión capuchina era una necesidad pensada para compensar ese abandono porque se creía que si no hablaban la lengua y no tenían la religión oficial, era muestra de desentendimiento del gobierno.

El despertar del resentimiento cultural y del mestizaje

Para la década de los setenta, el cuestionamiento a la iglesia católica se comenzó a hacer por el papel que cumplieron los capuchinos en la educación. La administración de la educación la ejercía Monseñor, él reunía el poder del gobierno y del intendente. Eso tenía a la gente un poco incómoda. Al mismo tiempo, estaban entrando al sistema educativo profesores como Randel Watson, Jorge Escalona, Manuel Pusey y Hernando Bowie entre otros, que habían salido de las aulas de los lasallistas y la mayoría se habían licenciado en educación. Esta generación sentía que estaba en condiciones de tomar tanto las riendas de la educación como conciencia de su destino. Por estas épocas se nombra como primer secretario de educación al señor Nonly Pusey.

El resentimiento, que no era gratuito, era producto de lo que sentían como abusos de poder. Muchos recordaban que para acceder a una beca tenían que convertirse al catolicismo y de hecho algunos lo hicieron con ese único interés. Se utilizaba el poder de dar empleo para presionar un cambio de religión. Lo que hicieron los capuchinos, que en un comienzo fueron españoles, son ecos de la conquista. Lo que hicieron con los isleños, atropellando sus valores culturales es lo mismo que hicieron en la Guajira. Lo que pisaban, cambiaba, porque la gente tenía que pensar

como ellos y ellos pensaban para una Colombia donde no tenía cabida la diversidad.

La historia juzgará sin rencores ni resentimientos a la misión capuchina, a la que siempre se le ha acusado. Un día el padre José dijo en una reunión algo muy cierto: "ustedes no se han dado cuenta para qué nos usaron, fuimos un instrumento del Estado para colombianizar las islas". Sin el interés de atacar a nadie, sí ha existido esa concepción de que todo lo que no es cundiboyacense hay que cambiarlo, porque este centralismo asumió durante mucho tiempo que la nacionalidad colombiana estaba dentro de ese marco. Ahí no cabían -a menos que se asimilaran- indígenas, paisas, raizales, wayúu, llaneros, que han estado atomizados. Colombia ha pretendido ser homogénea, y ese es su problema.

Lo que empezó entonces y se ve ahora con más fuerza es, en cierta medida, un enfrentamiento y una nostalgia generacional. La generación que en un momento comenzó a decir que había sido atropellada, a demandar ese reclamo histórico, son en su mayoría hijos de continentales e isleños, o nativos que se han educado en el continente.

Cómo se fueron acumulando los problemas de San Andrés

La isla tenía un comercio muy pequeño. Los tres millones de semillas de coco que llegó a exportar no eran producto de la bonanza de una comunidad sino de pocas personas o familias que tenían el poder. Como la isla siempre fue económicamente pobre, el más beneficiado era el que podía trabajar con el gobierno. Por eso la gente se sentía arrinconada por los que traían para trabajar, los que copaban casi el 80% de los puestos. Ya desde los inicios de siglo, el liberal Francisco Newball se pronunciaba con frecuencia contra de esto y otros atropellos cometidos desde el departamento de Bolívar y la capital.

Los años cincuenta y sesenta fueron decisivos para las islas por la presión del puerto libre y por las migraciones, cuya avalancha tenía intereses más económicos. La gente de aquí estaba desprevenida. Ni siquiera visualizaban lo que podía llegar a pasar. Vendieron sus terrenos. Algunos con eso mandaron a estudiar a sus hijos, o se compraban

un carro para ponerlo al servicio público. Esta fue una actividad predilecta del nativo, sin tener en cuenta que la vida útil de un carro en las islas no es superior a los cinco años y así mientras el comerciante veía crecer su capital, al isleño se le desaparecía. Pero luego sintieron que habían sido abusados, que se les había asaltado en su inocencia, que los inmigrantes los avasallaban y arrinconaban. Los isleños no tenían experiencia en el comercio y se enfrentaban a los árabes con una larga tradición fenicia y a unos paisas con su fuerza de arriera, mientras aquí se estaba saliendo del ingenuo trueque, donde la palabra era cumplimiento y garantía, virtud que en muchos casos los llevó a la ruina.

La generación que comenzó a protestar con argumentos más sólidos se había educado, especialmente en el continente, y vivía la transición entre el cambio cultural y la defensa de su terruño que lo sentía perder ante la presión de la migración desbordada. Ese proceso, recuerdo, comenzó a gestarse en los años setenta. Era un clima, no un líder, porque el atropello fue general. La primera vez que se habló de bilingüismo y se le legisló tratando de poner en práctica esa gran posibilidad, fue bajo el gobierno de Turbay. Se le delegó al Centro Experimental Piloto su implementación en algunos colegios seleccionados. Pero se hablaba de español e inglés estándar, con un *pensum académico* con su intensidad horaria y las asignaturas determinadas para cada idioma. Mas tarde Okley Forbes y Marcia Dittman comienzan a adelantar estudios lingüísticos sobre el criollo como lengua materna, y se perfila la idea de una educación trilingüe en donde el punto de partida debía ser la lengua materna, reivindicando para la cultura una de las manifestaciones mas atropelladas por la aculturación.

Pero han pasado veinte años y no ha funcionado ni el bilingüismo ni el trilingüismo. No ha dejado de ser un proyecto de papel. La gente que podía tener la decisión política al respecto parece no estar convencida de que deba ser así y, aún dentro de la comunidad, esa lengua criolla es considerada por algunos como una forma de hablar de la gente inculta. En eso hay un problema de clase social, reforzado por el nivel de estudios de las personas, que siempre ha existido y que produce una separación entre gente que habla inglés

estándar, cuya conjugación de verbos y manejo gramatical es más complejo, y gente menos educada, que habla un creole cargado de afecto maternal con los verbos conjugados en presente o apoyados en auxiliares. Para algunos el creole se asocia a la falta de educación. La iglesia bautista necesitando de un inglés más estándar para poder que los fieles pudiesen leer la Biblia, propicia la enseñanza del idioma en sus escuelas, quienes eran las únicas instituciones que lo impartían, lo cual sin lugar a dudas comenzaba a demarcar diferencias entre la población. Otro problema que se le suma a las dificultades del bilingüismo es el crecimiento de la población y la alta demanda escolar. La oferta de docentes con conocimiento del idioma inglés y criollo es escasa y son los maestros continentales, costeños y chocoanos, en su mayoría salidos de las escuelas normales, quienes entran a cubrir estas vacantes.

El problema cultural también depende de lo que pasa con los medios masivos de comunicación. Aquí las emisoras y la televisión no reafirman los valores culturales ya que los pocos programas que existen son el trabajo aislado de personas con poco conocimiento de los medios lo cual hace de los programas expresiones exóticas sin mayor impacto local. Se debería definir políticas que obliguen a tomar acciones en defensa de los valores locales, por ejemplo, por cada programa de música vallenata debe existir uno de música regional que promueva la creación de nuevas expresiones sin tener que repetir las mismas cosas año tras año para nostalgia de unos pocos. Hacen daño no solo los cinco canales de Colombia sino también los sesenta del exterior sin ninguna propuesta local de calidad. El problema no es dejar de ver "tele", sino que aquí no hacemos nada en concreto para defender la cultura local. Esa oralidad tan rica de nuestra cultura, que ha perdido la dinámica de la transmisión del conocimiento y el pensamiento de nuestros viejos. Las nuevas generaciones se silenciaron ante la lectura del tiempo, las brisas, las lluvias, las buenas cosechas. Ya pocos saben anunciar un norte con solo mirar un atardecer. Otro ejemplo es la música, el mejor aglutinante que tienen las comunidades afrocaribes, en donde no se necesita hablar sino interpretar los sonidos de la naturaleza para convertirlos en música y baile. Pero aquí las cosas

buenas mueren, nos estamos muriendo a plazos y parecemos no darnos cuenta.

En lo político, desafortunadamente lo que más se da es el clientelismo, anquilosado de mucho tiempo atrás, que se impuso a las nuevas generaciones como un modelo ideal de política. Así nuestro político, comerciante de la necesidad ajena, en su mayoría del migrante, del rebusque, buscadores de una mejor calidad de vida a cambio de sus principios ciudadanos, de una ciudadanía inexistente porque ni son de aquí y parecen no darse cuenta que tampoco son de allá. Cada político tiene su zona y si no, inventa su barrio, Natania, Modelo, Atlántico, Vietnam, etc., obedecen al imaginario de los "líderes" o a la ensoñación de quienes se vinculan al movimiento. Y lo más triste es que los de aquí también aprendieron a manipular o a ingresar a las filas de quienes los reclutan. Aquí, los patrones también son otros, el parentesco, lo raizal, el sector de procedencia, los vínculos laborales permiten al político raizal llegar al poder, pero igual se obliga a compartir los beneficios de la burocracia, a tal punto que aquí se perdió la medida y en la gobernación llegaron a existir cerca de mil quinientos funcionarios y hoy sufrimos las consecuencias con un erario quebrado y una alta población raizal desempleada porque no se le dio otra opción que parasitar del Estado. A partir de los patios se forman las familias y se van armando los tejidos al servicio del clientelismo.

Los problemas físicos de ahora son los mismos de siempre, y que se han hecho críticos desde los ochenta: la falta de poza séptica, el vertido a la superficie de las aguas usadas, la tragedia del alcantarillado, el problema del agua, las calles rotas, la sobre población. La reacción contra eso surge porque la situación se ha desbocado.

Con lo de la sobre población hay un problema humano. Hay mucha gente que tiene que salir pero no puede ser echada. Hay que buscar una solución humana. No se le puede coger por los cabellos y decirle: ¡váyase! Hay que comenzar a negociar en el único espacio posible, que son las políticas nacionales. El Estado tiene que comprometerse a ofrecerle condiciones a mucha gente que se quiere ir pero no encuentra campo de aterrizaje, tiene que facilitarle las cosas.

Eso no es fácil y menos con esta crisis económica, que es internacional. Colombia no sólo tiene que rehabilitar al Caguán sino a otras zonas marginales del país cundiboyacense y con nosotros tiene además un problema fronterizo. Ya es tiempo de ponernos de acuerdo para buscar una solución.

Las protestas raizales

Los problemas acumulados no se pueden mirar visceralmente. Las protestas y los movimientos raizales tienen que entender que hay cosas que hay que defender pero que no podemos volver al pasado. Los tiempos cambian. El problema es que hay cierto sentimiento de culpa y cierto dolor porque esa tradición cultural no fluyó. Retroceder a la fuerza a un período más conservador y dar luego un brinco; por ahí no es la cosa. Hay mucha queja por lo que se ha perdido y poca reflexión acerca de lo que podemos hacer. Hay mucho: "tenemos que volver", pero poco: "tenemos que ir". Ninguna comunidad regresa a su pasado para quedarse en él. Hay que volver al pasado sólo para aprender de lo hecho y evitar errores. No podemos sentarnos a gritar solo para hacernos oír. Nos estamos quedando atrás. No estamos reforzando valores de la misma comunidad ni proyectando el futuro con inteligencia.

El problema no es contra Colombia sino contra el mundo global que no ha dado tiempo a países como el nuestro. Colombia también pelea contra ese mundo tratando de ubicarse mejor. El problema es también contra lo que nos está pasando internamente. La gente de las islas tiene enferma el alma, está en una situación de depresión terrible. Eso se refleja en la administración, en la imagen que proyecta la isla, en el que la gente no recoge las basuras de su casa y la tira en cualquier parte, en el que no limpia su patio, deja caer sus casas y los edificios, no hace nada.

También hay clasismo y racismo dentro de la misma comunidad y aún influye el sector de procedencia, el grado de parentesco, las alianzas matrimoniales y dónde vive. En Providencia el problema de familia y de raza se ha mezclado con la política y unos acceden más al poder que otros. Esto tiene fragmentada a la comunidad y le quita posibilidades de hacerle frente a

la responsabilidad que le toca a cada uno sobre los problemas y sus soluciones.

Las crisis pueden ser un resorte que obligue a las sociedades a reaccionar y a buscar una reorientación, a que la gente visualice su futuro. De lo contrario, todo se frena y se cierra el paso a las cosas positivas que puedan venir. El lamento sustituye el afán de pensar el futuro para reorientarnos. La solución, insisto, no es volver al pasado para encerrarnos en él, sino para tenerlo como punto de referencia. No podemos cerrarnos al mundo de hoy. Es imposible desengancharnos de todas las políticas del mercado. Si se piensa en autodeterminación no es para hacer lo que se nos de la gana pues hoy ningún país y menos una isla es autosuficiente ni puede autoabastecerse.

Dentro del isleño se ha ido formando el concepto que para lograr cosas hay que presionar, más que contribuir. Se dieron cuenta que bloquear la isla tenía efecto como mecanismo de protesta. Desafortunadamente, es la única manera como se les oye. Pero eso, no sólo no ha dado mayor resultado sino que las marchas, como expresión del descontento, han profundizado la división de la comunidad. Empezando por la manera como la gente maneja la protesta, tiene que ver con el nivel educativo de las personas. El sector rural está menos dispuesto a negociar que el que ha tenido un rol más citadino. Pero también a unos se los ha marcado como "separatistas" y a otros como "traidores". Esto muestra una polarización

del conflicto que ha generado una peligrosa desconfianza y mutuas acusaciones, a más de la desconfianza a toda aproximación que se haga al Estado, quien es siempre atacado aunque se determine exigiéndole la solución de los problemas. Así no le veo mucho norte al movimiento. Es tan solo una expresión de inconformismo, que no propicia el que la gente se siente a pensar sobre lo fundamental. Esto en ausencia de líderes que antes de levantar, convoquen para así descifrar hacia dónde queremos llevar el archipiélago, por lo pronto, con toda su carga humana.

Las pretensiones de Nicaragua

En cuanto a la demanda de Nicaragua, no veo al isleño con aspiraciones de ser nica, solo desea que se le respete, que se le permita ser como es con lo que le ha quedado. Me parece que las encuestas a jóvenes sobre si quieren ser colombianos no son indicadoras del sentimiento isleño pues la mayor parte de la gente joven no tiene claro incluso si quiere ser sanandresana, no está atada a nada, ni a sus valores, ni a su folclor porque estos se encuentran ausentes de su joven realidad. Su inconformismo puede obedecer más a una expresión ante la incertidumbre, a su no futuro en una isla con opciones cada vez más escasas. Si alguno ha expresado el deseo de separación no lo veo como aspiración última ni como solución final sino como presión para exigir un respeto a su diversidad. Si al isleño se le respetara, el no se afanaría por otra nacionalidad. La incomodidad se genera en la falta de reconocimiento.

Con las hermanas de la Sagrada Familia: una hermana que por problemas de salud no pudo ir a una u otra iglesia. Además, el colegio de la Loma me quedó lejos y en cambio podía ir caminando al colegio de la Sagrada Familia con las religiosas capuchinas.

Con las hermanas de la Sagrada Familia la vida fue muy especial. Allí, todos -nicales, continentes y extranjeros- nos conocíamos, éramos amigos, estudiábamos juntos y la cercanía del colegio con el mar ayudaba a esa bonita simbiosis. Con mis compañeras de colegio yo bebocabo el creole, les entendía y ellos me entendían aunque algunas veces se reían porque mi creole no era muy fluido.

A los 17 años, cuando terminé el bachillerato, todos me pidieron a preguntarme qué iba a hacer.